



La novela
TEATRAL

20 cts.

JACINTA YAGÜE
(OFELIA DE ARAGÓN)

Javier
1922

EL CHALECO BLANCO

Episodio en un acto

RAMOS CARRIÓN

JT - F 2850

N.º 277
Año VII

LA NOVELA TEATRAL

Madrid 12
Mar. 1922

DIRECTOR: JOSÉ DE URQUÍA

ADMINISTRACION: MADRID — CALVO ASENSIO, 3. — APARTADO 8 008. — TELEFONO J-624

FLIRT

REVISTA FRIVOLA

Esta Revista viene a representar en España lo que «La Vie Parisienne» en Francia: la Revista galante escrita por verdaderos escritores. Juzguese por los que colaboran en ella.

**Manuel Linares Rivas. — Alberto Insua. — Emilio Carre-
re. — Rafael López de Haro. — Joaquín Belda. — Federico
García Sanchiz. — López Barbadillo. — Díez de Tejada. —
Vargas Vila. — Antón del Olmet. Cansinos Assens. Her-
nández Catá. — Pedro de Répide. — Gómez de la Serna. —
San José, etc... — Tovar. — Robledano. — Tito. — Ochoa, etc.**

FLIRT se propone no traspasar nunca esos límites de la literatura galante que marcaron los clásicos.

SE PUBLICA LOS JUEVES.

30 cts.

t. 95.922

C. 71717616

R. 161911



EL CHALECO BLANCO

EPISODIO CÓMICO LÍRICO EN UN ACTO, DIVIDIDO
EN DOS CUADROS Y UN INTERMEDIO. ORIGINAL DE

MIGUEL RAMOS CARRIÓN**PERSONAJES**

TECLA. - DOÑA CASTA. - ROSA. - LAVANDERA 1.^a - IDEM 2.^a - IDEM 3.^a - UNA PEINADORA. - PEREZ. - DAVID. - DON QUINTÍN. - DON VENTURA. - EL CABO DE CORNETAS. - UN PORTERO. - MUNICIPAL 1.^o - IDEM 2.^o - EL TIO PEPE.
Lavanderas, cornejas y bañeros. Coro general.

ACTO ÚNICO
CUADRO PRIMERO

Comedor modestísimo. Dos puertas a cada lado y una al foro. En el centro mesa. Sobre ésta un botijo y dos vasos. En el aparador unos cuantos platos. Seis sillas. Pérez, limpiando un par de botas. Sobre la mesa habrá otro par y unos zapatos.

(Mientras da lustre a la bota, tararea muy alegre, y sólo interrumpe el canto de vez en cuando para echar el aliento con mucha fuerza sobre la bota. Continúa cantando y acaba diciendo en los últimos acordes: "Chín, chín," dejando la bota y el cepillo sobre la mesa.)

PER.—*(Habido.)* ¡Válgame Dios, y qué suerte la mía! Esta tarea de limpiar el calzado, en invierno menos mal, porque entra uno en calor; pero en verano hace sudar de un modo horrible.—Y luego, ¿para qué? Para que los dichosos huéspedes se pongan unas botas como espejos y no le digan a uno ni siquiera: Muy bien, Pérez, muy bien, esto se llama sacar brillo; está el becerro que parece un sol. Pues nada, todavía hay quien se queja, como don Quintín, diciendo que uso un betún que corta la piel. Los años sí que cortan la piel. Y si no, aquí está la mía para muestra. Pero, claro, estas botas son más viejas que yo. Medias suelas, *(Examinándolas.)* tacones, palas, remonta completa; no queda de las que compró en la zapatería más que los elásticos. Están como su dueño. ¡Pobre señor! Y él se da tono hablando de los destinos que ha tenido y de los que va a tener... Ea, ya están los tres pares de todos los días. *(Sueña la campanilla.)* Allá voy. *(Vase tarareando lo de antes.)*

Pérez y Rosa que trae dos grandes talegos.

PER.—*(Dentro.)* ¡Hola, Rosa, buenos días! Pase usted, pase usted. ¡Casta! *(Gritando.)* Aquí está la lavandera.

CAS.—*(Dentro.)* Voy al momento.

ROSA.—Deje usted, que no tengo prisa. *(Dejando los talegos.)* Con su permiso descansaré un poco, que vengo reventá. *(Se sienta.)* Le digo a usted que no hay cuerpo que resista este trájín de bajar y subir escaleras; cuando llego los lunes al río no sé dónde tengo los pies.

PER.—Yo no sé dónde tengo las botas. *(Buscándolas.)*

ROSA.—¿Eh?

PER.—Las botas de don Ventura. ¡Ah! sí, aquí están. *(Las coge y entra corriendo por la segunda izquierda, saliendo al momento.)*

ROSA.—Desde las cinco de la mañana andando lo mismo que un azacán, de un sitio pa otro, y luego pa descanso estése usted metida en la banca hasta la noche.

PER.—Ya, ya. *(Acercándose a la primera puerta derecha.)* ¿Hay permiso? Estará durmiendo como de costumbre. *(Entra.)*

ROSA.—¿Cuándo se volverá la tortilla y seremos ricos los que no tenemos un céntimo? Porque eso tié que suceder el mejor día. ¿No es verdad?

PER.—(*Saliend^o.*) ¿Qué es lo que tiene que suceder el mejor día?

ROSA.—Que seamos ricos usted y yo.

PER.—¡Ah! Sí. Ese será el día mejor, pero mucho me temo que no llegue.

ROSA.—Es un decir. (*Riéndose.*)

PER.—¿Se puede? (*A la primera puerta izquierda.*)

QUIN.—(*Dentro.*) ¿Quién es?

PER.—Soy yo, con las botas.

QUIN.—Adelante. (*Entra Pérez.*)

Dich^{os} y doña Casta con un lío de ropa, luego Pérez.

CAS.—Hola, Rosa.

ROSA.—Buenos días tenga usted.

CAS.—¡Creí que estaba aquí mi esposo, Pérez!

ROSA.—Ahí ha entrado.

CAS.—¡Pérez!

PER.—(*Saliendo.*) ¿Qué hay?

CAS.—¿Has apuntado todas las prendas?

PER.—Sí, ahí está la lista sobre el aparador.

CAS.—Pues aquí tiene usted el lío. (*A Rosa.*)

ROSA.—(*Levantándose.*) Venga acá. (*Lo mete en uno de los taleg^{os}.*)

CAS.—Y oiga usted, Rosa; hágame el favor de tratar la ropa con más cariño, porque me la trae usted destrozada.

ROSA.—¡Señora!...

CAS.—Y eso es que echa usted polvos de gas y la abrasa toda.

ROSA.—Por estas que son cruces la juro a usted que...

CAS.—El olor no engaña.

ROSA.—Jabón y na más que jabón, y mis buenos puños, que gracias a Dios no me faltan, y a restregar contra el banquillo no hay en el río quien me gane.

CAS.—Ya se conoce.

ROSA.—Es que yo no soy de las que usan pala, ¿sabe usted? y en cada pieza me gasto un cuarterón de lo de Mora, de primera, ¿sabe usted? Blanco como la nieve, ¿sabe usted?

CAS.—Lo que sé es que la ropa dura muy poco.

ROSA.—Naturalmente, como que no hace más que ir y venir al río, porque hay poca...

PER.—(¡Muy poca!) (*Suspirand^o.*)

CAS.—Si hay poca o mucha no es cuenta de usted; cada uno tiene la que tiene.

ROSA.—Pues mire usted, en ese talego traigo camisas de batista y chambras de encajes que da gloria verlas; en fin, ropa fina, no como la de aquí, y nadie se ha quejao...

CAS.—(*Muy incomodada.*) Basta de conversación, que tengo prisa. Lo que le digo a usted es que quiero mucha colada, mucha colada, ni más ni menos. Y hemos acabado. (*Vase.*)

ROSA.—No se incomode usted, que no es para tanto. ¡Vaya con la señora!...

PER.—No la haga usted caso, ya sabe usted lo que es...

ROSA.—Es que tiene unos prontos...

PER.—Y unos tardes... No se la puede sufrir. Yo la padezco hace veintidós años, desde la Revolución. Cuando me muera voy derecho al martirologio... San Juan Pérez, esposo y mártir.

ROSA.—¡Pues me gusta! Después que se deja una los puños... (*Carga con los taleg^{os}.*)

PER.—(*Ayudándola a cargar con los talegos.*) Vaya usted con Dios, vaya usted con Dios, y ya lo ha oído usted; mucha colada, mucha colada y... mucha paciencia.

ROSA.—Bien se necesita pa... aguantar tanto... En fin, abur.

PER.—Adiós, Rosa.

ROSA.—¡Diquí el jueves! ¡Me ha hecho gracia! Decir que echo polvos...

PER.—¡Qué ha de echar esta pobre mujer! ¡Manías de Casta, que es atroc!

CAS.—¡Pérez!

PER.—¡Ah! ¿Eres tú?

CAS.—(Saliendo con la mantilla puesta y llevando un talego pequeño.) Tenemos que hablar.

PER.—¡Malo!

CAS.—De un asunto grave.

PER.—¡Malísimo! ¿Qué diablura se le habrá ocurrido?) Bien, hablaremos por la calle. ¿No vamos a la compra?

CAS.—No; voy yo sola; tú necesitas quedarte en casa.

PER.—¿Pues?

CAS.—Ven acá y escucha.

PER.—(Tiemblo.) (Se sienta.)

CAS.—Vamos a ver, ¿qué te ha hecho pensar la carta de Gregorio que recibimos ayer?

PER.—¿A mí? Pues me ha hecho pensar que cuando llegue su sobrino le cederé mi cama, como siempre que hay otro huésped más, y que yo tendré que irme a dormir a la cocina.

CAS.—¡Eso es todo lo que se te ha ocurrido!

PER.—Todo.

CAS.—Bien se conoce que no has inventado la pólvora.

PER.—Es verdad; y me alegro, porque tendría unos remordimientos horribles.

CAS.—¡Basta!

PER.—No chisto más.

CAS.—En esa carta nos dice Gregorio que su sobrino Andrés vendrá a Madrid dentro de dos o tres días.

PER.—Eso es.

CAS.—Que ha heredado de su padre cinco mil duros.

PER.—Justo.

CAS.—Y que con ellos proyecta establecerse poniendo un almacén de ultramarinos.

PER.—Así dice.

CAS.—¿Y no se te ha ocurrido nada al saber que pronto tendrás un sobrino de nuestro primo, dueño de una gran tienda de comestibles?

PER.—¡Ah! Sí; ahora se me ocurre... (Muy alegre.)

CAS.—¿Qué?

PER.—Que comeremos un poco mejor, porque naturalmente...

CAS.—Eres un adoquín, por no decirte algo más duro.

PER.—Más duro que un adoquín, me parece difícil.

CAS.—¿Te has olvidado de que tenemos una hija?

PER.—¿Cómo he de olvidarlo? Tecla, mi queridísima Tecla; mi único consuelo en este mundo...

CAS.—¿Eh?

PER.—Después de ti.

CAS.—¡Ah! Pues ese almacén de ultramarinos, con dueño y todo, será para ella.

PER.—¿Cómo?

CAS.—Casando a Tecla con Andrés.

PER.—Pero...

CAS.—Nada, nada, ten la seguridad de que la caso.

PER.—Pero...

CAS.—El vendrá a vivir con nosotros hasta que encuentre local para su comercio, y como esté aquí una semana siquiera, cae, vaya si cae.

PER.—Y Tecla...

CAS.—Le querrá, de seguro. Es un hombre joven, activo, emprendedor, no mal parecido, algo coloradote, como de pueblo; pero también tú, cuando te casaste, eras colorado...

PER.—Es verdad, y luego me volví maduro.

CAS.—La chica transigirá, porque difícilmente podrá presentársele mejor proporción.

PER.—Pero... ¿y el músico?

CAS.—Que se vaya con la música a otra parte.

PER.—Mujer... ¿no hemos autorizado nosotros sus relaciones con la niña?...

CAS.—Claro; mientras no había otro, hemos hecho la vista gorda, dejando a la niña que haga tonterías con un huésped; pero eso no significa nada.

PER.—Sí, Casta, sí; eso significa, ahora que nadie nos oye, que no tenemos ni pizca de vergüenza. (*En voz muy baja.*)

CAS.—¡Pérez!

PER.—Las cosas así, claras.

CAS.—Pero ¿por qué?

PER.—Porque ese pobre joven, enamorado de Tecla con toda su alma, vino a la casa con buen fin, dispuesto a casarse, y nos habló, y tú le dijiste...

CAS.—Le dije: no hay inconveniente en que usted y la niña se quieran y se traten, bajo nuestra exquisita vigilancia; pero no piense usted en casarse mientras no pueda ofrecerle una posición desahogada. Ahora no tiene usted más que lo que le dan por tocar el piano en el café de Talía: total diez reales.

PER.—Y un café con tostada.

CAS.—Esa no hay que contarla, porque se la come él.

PER.—Y los diez reales nos lo comemos nosotros.

CAS.—Claro, él se alimenta del aire.

PER.—Poco menos; le das unos arroces... ¡atroces!

CAS.—Lo mismo comen los otros huéspedes, y no se quejan.

PER.—Naturalmente: don Ventura, porque es capaz de tragarse la cúpula de San Francisco el Grande, y don Quintín, porque como siempre anda retrasado en el pago, tiene que comer lo que le dan.

CAS.—(*Levantándose.*) Bueno, bueno, lo que te digo es que Tecla se casará con el sobrino de Gregorio. Yo ya la hice tragar la píldora.

PER.—¿Se lo has dicho?

CAS.—Hace un momento.

PER.—¿Y qué?

CAS.—Se echó a llorar.

PER.—¡Pobrecita!

CAS.—Luego se encerró en su cuarto y allí está desahogándose.

PER.—Tienes el corazón de piedra berroqueña.

CAS.—Lo que tengo es práctica y conocimiento del mundo. Cuando me casé contigo, bien lo sabes (*Suspirando.*) estaba enamoradísima de un teniente de caballería, rubio, muy guapo, y siguiendo el consejo de mis padres, te di mi mano, y no dirás que he vuelto a hablarte una palabra del teniente.

PER.—Naturalmente.

CAS.—Ni volví a acordarme del santo de su nombre.

PER.—Es verdad. (Tuve la suerte de que cambiaran la guarnición.)

CAS.—La niña se olvidará del músico en cuanto deje de verle.

PER.—Lo cual, viviendo en la misma casa, es bastante difícil.

CAS.—Por eso no puede permanecer aquí ni un día más.

PER.—¿Qué dices?

CAS.—Que hoy mismo hay que ponerle de patitas en la calle. Y por eso no quiero que vayas conmigo a la compra, para que te encargues de despedirle.

PER.—¡Yo!

CAS.—Tú, sí, señor; que eres el amo de la casa.

PER.—¿Sí? (No lo había conocido.)

CAS.—Hay cosas que no debo yo hacerlas, habiendo aquí un hombre.

PER.—Eso es verdad.

CAS.—Ahora, en cuanto yo me vaya, entras en su cuarto y le sueltas el toro.

PER.—¡Bonito despertar va a tener el infeliz!

CAS.—Le dices... lo que te parezca mejor; el caso es que cuando yo vuelva lo sepa ya.

PER.—Pero...

CAS.—No digas que no... porque será inútil.

PER.—Haré lo que quieras, como siempre. Sin embargo, me parece una locura perder esos diez reales diarios, seguritos, que nos han de hacer falta...

CAS.—Si consigo casar a Tecla con Andrés no necesitamos nada y viviremos como unos príncipes.

PER.—Como unos príncipes ultramarinos.

CAS.—Estoy harta de trabajar y de sufrir a los huéspedes. Ea, me voy a la plaza. No dejes de decirselo ahora mismito; cuanto más pronto se vaya, mejor.

PER.—Se lo diré; descuida.

CAS.—(V^olviéndose desde la puerta.) ¡Ah! ¿cuál fué el plato fuerte del almuerzo de ayer, que no me acuerdo?

PER.—Arroz con bacalao.

CAS.—Es verdad, sí. Y el de anteayer...

PER.—Bacalao con arroz.

CAS.—Es cierto. Traeré bacalao para ponerlo con patatas.

PER.—Eso es; en la variedad está el gusto.

CAS.—Hasta luego.

PER.—Adiós.

Pérez; después don Quintín con un sombrero de copa en la mano y en mangas de camisa.

PER.—¡Y dice que está harta de sufrir a los huéspedes! ¡Ellos sí que están hartos de sufrirla, como yo! ¡Ay, Casta, Casta, tú haces que reniegue de mi casta!

QUIN.—¡Pérez!

PER.—¡Ah! ¿Qué hay, don Quintín?

QUIN.—Va usted a hacer el favor de poner a calentar una plancha para pasársela a este sombrero.

PER.—Ahora mismo; pero me parece que por mucho que se la pase usted...

QUIN.—Quedará flamante.

PER.—Bueno, bueno.

QUIN.—Es un sombrero de primera; vea usted, de Guevara.

PER.—Sí; ya veo. Guevara. Pariente de usted, sin duda.

QUIN.—(Inc^omodado.) Oiga usted: el sombrerero no es Ladrón.

PER.—Hombre, yo no he dicho... ni he querido ofenderle.

QUIN.—No es Ladrón de Guevara como yo.

PER.—Sí, sí, yo he visto las tarjetas de usted con el escudo...

QUIN.—Hay otros Ladrones ilustres también...

PER.—¡Ya lo creo! Algunos robando mucho...

QUIN.—No es eso, hombre; me refiero a los Ladrones de Cegama, otra familia también nobilísima, pero a la cual la mía no cede en brillo.

PER.—Pues voy por la plancha para que se lo saque usted al sombrero. (Anda, date lustre.) (Vase segunda derecha.)

Don Quintín, después Pérez.

QUIN.—¿Habrá vuelto ya don Ventura? (Acercándose a la puerta segunda izquierda.) ¡No se le oye! Temo preguntar... estoy inquieto. ¡Si sospecharan algo! ¡Que un hombre de mi linaje, como dicen en aquella comedia, descienda a estos recursos para ocultar su situación! Pero por este medio me presentaré siquiera dignamente. El sombrero también quedará regularcillo. Con un poco de tinta ocultaré esta rozadura. La forma no está mal. Lo compré hace diez años, y ha vuelto la moda de entonces.

PER.—Ya está la plancha puesta a la lumbre.

QUIN.—Bien, Pérez, bien; sí, como espero, el Ministro me da hoy la credencial, yo recompensaré con largueza los servicios de usted. (Dándose t^ono.)

PER.—Muchas gracias. Yo me alegraré mucho de que al fin le den ese empleo, porque de esa manera pagará usted las dos mensualidades...

QUIN.—(*Incómodadísimo.*) Ya sé que son dos; no necesito que nadie me lo recuerde.

PER.—No; si yo no me meto en esas cosas; pero mi mujer me tiene frito diciéndome a todas horas, aprieta a don Quintín, aprieta a don Quintín. Y demasiado sabe usted que yo no le aprieto.

QUIN.—Por eso corresponderé a sus atenciones como merece. Para la una estoy citado con el Ministro. Vea usted, vea usted el B. L. M. (*Sacándolo de un bolsillo del pantalón.*)

PER.—(*Leyendo.*) “El Ministro de Ultramar B. L. M. al señor don Quintín Ladrón de Guevara y tiene el gusto de participarle que le recibirá el lunes a la una de la tarde en su despacho”. ¡Caramba! Pues es verdad.

QUIN.—¿Lo dudaba usted? (*Ofendido.*)

PER.—No, no, sino que como otras veces...

QUIN.—Me espera a la una. (*Con mucha importancia.*)

PER.—Y diga usted, don Quintín, ¿va usted a ver a S. E. con el chaquet de todos los días?...

QUIN.—(Si sospechará este hombre...) Esa pregunta es una inconveniencia. (*Muy incómodado.*)

PER.—Usted dispense...

QUIN.—Sabe usted demasiado que si no me compro ropa hace algún tiempo es porque luego no había de servirme en Cuba y prefiero hacérmela más a propósito para el clima de aquellos países... Pero mi primo el Marqués me proporciona la que necesito cuando llega una ocasión como la de hoy.

PER.—Ya, ya; entonces no digo nada.

QUIN.—Vea usted si está ya caliente la plancha, que quiero marcharme al momento.

PER.—¿No almorzará usted en casa?

QUIN.—No; almorzaré con el Ministro.

PER.—¿Sí? (Qué más quisieras.) ¿De modo que hoy no bajará usted, como de costumbre, a bañarse al río?

QUIN.—Sí; que me tengan dispuesta la sábana. Bajaré a la tarde, cuando haya hecho la digestión. No puedo suspender los baños; el médico los considera indispensables. Treinta por lo menos...

PER.—Claro, los necesita usted para refrescar la sangre; como tiene usted ese genio tan vivo y tan... tan... (insufrible).

QUIN.—Pérez, cada uno tiene su temperamento.

PER.—Es verdad. Yo estoy contento con el mío: no me altero por nada. (Pues si me alterase me habría muerto hace muchos años.) Voy por la plancha. *Don Quintín; luego Tecla, después Pérez.*

QUIN.—Este Pérez es una buena persona. Cuando pueda le protegeré.

TEC.—Buenos días, don Quintín.

QUIN.—Hola, Teclita, ¿qué es eso? ¿Ha llorado usted?

TEC.—No, señor, no; es que... he estado picando cebolletas para el almuerzo. (*Sollozando fuerte.*)

QUIN.—¡Ah! (No la conmueven poco a esta muchacha las cebolletas.) (*Entra en su cuarto.*)

TEC.—¿Qué desgraciada soy, Dios mío! (*Se sienta y llora.*)

PER.—Aquí está ya la plancha. ¡Ay, hija mía! ¿Y don Quintín?

TEC.—En su cuarto.

PER.—Salgo al momento y hablaremos. ¿Se puede?

QUIN.—Adelante. (*Entra y sale al momento.*)

TEC.—¡Yo me voy a morir de pena! ¡Ay! ¡David, David! ¿Qué vas a decir cuando lo sepas?

Tecla y Pérez.

PER.—Teclita, hija mía, no llores.

TEC.—¡Ay, papá, qué desgraciada soy!

PER.—Lo sé todo: no me digas una palabra. Tu madre lo ha decidido y no hay más remedio que callar...

TEC.—¿Pero, papá, usted que es tan bueno... por qué no le hace comprender?...
PER.—¡Imposible! Pero no te desespere. ¡Quién sabe si ese proyecto no se
realizará! Hasta ahora no pasa de ser un deseo de tu madre... Acaso venga ese
Andrés y no logre casarlo.

TEC.—¿Cómo?

PER.—Casarlo.

TEC.—Si lo peor es que mamá no quiere que David siga viviendo con nos-
otros.

PER.—Me ha encargado de decírselo antes de que ella vuelva de la compra.
Quiere que a todo trance hoy mismo abandone esta casa. Y yo, la verdad, no sé
cómo enterarle al pobre muchacho... No sirvo para estas cosas, vamos. Decirle
márchese usted a un joven que paga tan puntualmente y que es tan amable y tan
servicial...

TEC.—¡Y tan guapo!

PER.—Pues, hija, no hay más remedio que comunicárselo inmediatamente.

TEC.—¿Qué ajeno estará de lo que le espera!

PER.—Oye, Teclita, casi es mejor que le hagas tú saber lo que sucede... Llá-
male y dile... Dile... En fin, a ti se te ocurrirá lo que has de decirle... Entre vos-
otros hay más confianza y más... ¿No te parece?

TEC.—¡Papá, qué bueno es usted! (*Abrazándole.*)

PER.—Habla con él antes de que vuelva tu madre.

TEC.—Bueno, se lo diré poco a poco... si no es capaz de morirse.

PER.—¿Morirse?

TEC.—Sí, señor, sí; le conozco bien.

PER.—Pues díselo como mejor te parezca. Yo estaré por ahí al cuidado. An-
ta, llama.

TEC.—Secaré mis lágrimas... y le prepararé para el golpe. (*Se acerca a la pri-
mera puerta derecha y da tres golpecitos.*)

*Tecla, David, dentro. Pérez al foro y asomando la cabeza por la puerta, entre las
cortinas, cada vez que habla.*

MÚSICA

TEC. ¡David!

DAV. ¿Quién llama?

TEC. Soy Tecla.

DAV. ¡Teclita!

TEC. ¿Estás todavía en la cama?

DAV. Teclita.

TEC. ¿Qué quieres?

DAV. Bendita tú eres
entre todas las mujeres.

En seguida me levanto.

TEC. ¡Anda pronto!... ¡date prisa!

DAV. ¡Caracoles! ¡Si no encuentro
por más vueltas que estoy dan-
do, la camisa!

PER. (¡Pobrecito! ¡Si él supiera!...)

TEC. ¡Pero, corre, por favor!

DAV. ¿Es acaso que tu madre ha fa-
llecido?

PER. (¡Por desgracia, no, señor!)

—

DAV. ¡Vida mía!

TEC. ¡Remolón!

DAV. ¡Ay, Teclita de mi alma,
me hace *tipi, tipi* el corazón!

PER. ¡Pero hija, date prisa,

que tu madre va a venir!

TEC. ¡Pero, padre!... ¿Pero, sales?

DAV. ¡Caracoles!

TEC. ¡Caracolas!

PER. ¡Cata!...

DAV. ¡Pum! Ya estoy aquí.

TEC. Tengo mucho que contarte.

DAV. Mucho también tengo yo.

TEC. No será como lo mío.
De seguro.

DAV. ¿Por qué no?

¿Es acaso, Tecla mía,
que te cansa ya mi amor?

TEC. ¡No lo digas, ni aun en bro-
[ma]

¡Mono!

DAV. ¡Mona!

PER. (¡Ay, Jesús; cuánta monada!

¡Vaya por Dios!)

DAV. ¡Tecla!... ¡Teclita!...

No puedo ya vivir sin ti.

TEC. (¡Cómo le digo

que lo echan de aquí!)

DAV. Deja que un beso

en tu manita estampe yo.

PER. (Tecla, de fijo

le dice que no.)

TEC. En la mano lo permito.
 DAV. ¡Ay, qué gusto que me da!
(Besándola.)
 TEC. ¡Suelta, suelta; qué haces daño!
 DAV. Otro solo.
 TEC. Basta ya.
 DAV. De que yo te llame esposa,
 ¿cuándo el día llegará?
 TEC. Temo que no va a ser pronto.
(Soll^ozand^o.)
 DAV. ¡Tonta!
 TEC. ¡Tonto!
 PER. ¡Esto sí que es tontería
 para un papá!)
 DAV. ¡Cuánto te quiero!
 TEC. ¡Cuánto te adoro!
 DAV. Tú eres mi vida.
 TEC. Mi vida es tu amor.
 DAV. Tú eres mi estrella.
 TEC. Tú mi cielito.
 PER. (Y yo un borrego
 de marca mayor.)
 DAV. Quiéreme siempre.
 TEC. Nunca me olvides.
 DAV. ¡Tecla adorada!
 TEC. ¡Querido David!
 DAV. ¡Ay, dulce prenda!
 TEC. ¡Ay, prenda amada!

DAV. ¡Ay, mi vidita!
 LOS DOS. Tú me haces feliz.
 —
 DAV. Quiero estar siempre a tu lado.
 TEC. Eso quiero también yo;
 pero mucho estoy temiendo
 que no pueda.
 DAV. ¿Por qué no?
 De tu lado, Tecla mía,
 nadie me separará.
 TEC. Eso es todo mi deseo.
 DAV. ¡Fea!
 TEC. ¡Feo!
 PER. ¡Eso, luego, doña Casta
 os lo dirá!)
 —
 LOS DOS. ¡Oh, qué dulce placer,
 ser marido y mujer!
 PER. (Aun más dulce es gozar
 el placer de enviudar.)
 DAV. Dime, Teclita, que sí.
 TEC. No me separo de ti.
 LOS DOS. ¡Qué bien estamos así!
 PER. Yo ya me marchó de aquí.
(Vase.)
 DAV. Un beso más.
 TEC. ¡No!
 DAV. ¡Sí!

HABLADO

DAV.—¡Tecla de mi corazón! ¡Cuándo llegará el día en que pueda decirte:
 basta de amor platónico; basta de miraditas y suspiros, y vamos a la Vicaría!

TEC.—¡Ay, David!

DAV.—¡Qué felices seremos entonces! Porque hemos nacido el uno para el
 otro; es decir, para lo otra; mejor dicho, para esta.

TEC.—Desgraciadamente...

DAV.—¿Qué? ¿Hay que esperar? Esperaremos. Los días nos parecerán siglos,
 pero al fin y al cabo tú serás mía, mía. Hasta tu nombre indica el esposo que debe
 tocarte en suerte: Tecla, a ti tenía que tocarte un pianista.

TEC.—Sí, es verdad, soy Tecla, pero de las negras; tengo muy mala sombra.

DAV.—¿A qué viene esa afición? Confía como yo en lo porvenir, y sé di-
 chosa con la esperanza.

TEC.—(¿Y quién le dice ahora?)

DAV.—Si hoy no tengo nada que ofrecerte más que un amor sin límites, por-
 que mi sueldo del café y lo poco que gano dando lecciones apenas basta para mis
 necesidades, mañana... ¡quién sabe! A ti te consta que yo no tengo ningún vi-
 cio: ni bebo, ni juego, ni fumo, ni... nada; pero todos mis ahorros me los gasto
 en la lotería, y el corazón me dice que he de agarrar el premio gordo. ¡Ya que
 tanto toco, a ver si me toca!

TEC.—Sí, pero...

DAV.—No me quites las ilusiones. Día llegará en que yo pueda decir al dueño
 del café: quede usted con Dios, ignorante; ya no toco más la jota de los "ratas",
 ni el tango del "Certamen nacional"; me dedico a mis clásicos y a componer toda
 las fantasías que tengo aquí. Porque mi especialidad son las fantasías.

TEC.—Ya lo veo.

DAV.—Pero, dale al público de café de Talía música delicada... ¡Imposible!
 Anoche, sin ir más lejos, toqué por primera vez esa composición que te hice oír
 pocos días hace, "El nido de los ruiseñores". ¿Recuerdas? Aquella que hace...
(Tararea un poco.—De pronto.) Pues aquel auditorio de imbéciles se quedó como

si nada hubiera oído. Sólo un caballero que tomaba café en un rincón, aplaudía con toda su alma desde que empecé. Yo, me levanté conmovido, me acerqué a él, y le dije: ¡Gracias, caballero, gracias; usted es el único que me ha comprendido!... Lo que no comprendo es lo descuidado que está el servicio en este café—me contestó—; hace media hora que estoy inútilmente llamando al mozo.—Y siguió dando palmadas. Excuso decirte cómo me quedaría. ¡Qué decepción para un artista sensible!

TEC.—¡Vamos; que no sé cómo decírselo!

DAV.—Pero yo no me desanimo por tan poco. Ayer empecé una nueva composición sobre motivos de "Norma". Voy a dedicársela a tu mamá; como se llama Casta, y el tema es "Casta diva", yo creo que es oportuno y que ha de agradecérmelo. ¿No te parece?

TEC.—No, David, no; mamá no merece que tú le dediques nada. (*Echándose a llorar.*)

DAV.—¿Eh? ¿Qué es eso?

TEC.—¡No puedo más!

DAV.—¿Qué pasa? ¿Tal vez se opone a nuestras relaciones? ¡No en balde la notaba yo hace algunos días seria y desabrida conmigo!

TEC.—¡Ay, David, qué desdichados somos!

DAV.—¡Habla, por Dios!

TEC.—Sí; oye, oye.

DAV.—Di pronto.

TEC.—Mi mamá tiene un primo que se llama Gregorio, y que vive en Valdecabritos. (*Llorando.*)

DAV.—Bien, ¿y qué?

TEC.—Y este primo tiene un sobrino joven... (*Llorando más.*)

DAV.—Continúa.

TEC.—Y este sobrino joven ha heredado de su padre cinco mil duros. (*Llorando mucho más fuerte.*)

DAV.—Pero ese no es motivo para que llores de esa manera.

TEC.—Y viene a Madrid para poner un almacén de comestibles, y mi mamá se empeña en que me case con él.

DAV.—¿Qué dices? ¿Casarte con un almacén de comestibles? Digo, con un...
Dichos y Pérez.

PER.—¡Sí, amigo David; por desgracia es cierto!

DAV.—Pero, señor de Pérez...

PER.—No me diga usted nada, soy el primero en lamentarlo; usted es un joven simpático y decente...

DAV.—¡Pero, esto es imposible!

PER.—Casta se ha empeñado, y usted ya sabe lo que es Casta cuando se empeña.

DAV.—Sin embargo, usted se opondrá con energía.

PER.—Oiga usted. (*Llevándose aparte de Tecla.*) Cuando en un matrimonio la mujer se pone los pantalones, el marido, naturalmente, se queda en calzoncillos; y así, en ropas menores, no se tiene energía, ni dignidad... ni nada. Eso me pasa a mí.

DAV.—¡Tecla, yo no me separo de tu lado! (*Yendo hacia ella.*)

TEC.—¡Ay, David!, no hay otro remedio.

PER.—Hoy mismo tiene usted que dejar la habitación para el otro, que llega mañana. Casta no quiere que le encuentre a usted aquí de ninguna manera. Así nos lo ha dicho.

DAV.—¡Pero esto es una crueldad!

PER.—Tiene cinco mil duros, amigo mío, y usted no tiene nada, y el mundo es así. (*Campanilla.*) ¡Ay, llaman! ¡Será mi mujer! ¡Por Dios, vaya usted a su cuarto, y tú allá dentro, que no os encuentre aquí. (*Vase.*)

DAV.—¡Tecla, júrame que no serás esposa del joven de Valdecabritos!

TEC.—Yo te lo juro.

DAV.—Con eso me basta. (*Entra en su cuarto.*)

TEC.—¡Nunca te olvidaré, nunca! (*Vase por la segunda derecha.*)
Don Quintín; luego Pérez y don Ventura (*muy gordo*); don Quintín con sobre-
todo claro y sombrero de copa.

QUIN.—No hay nadie; ahora puedo salir sin que me vean. ¡Ah! (*Apenas apa-
rece a la puerta de su cuarto oye a don Ventura y entra apresuradamente, cerrando
la puerta.*)

VEN.—(*Dentro.*) Pérez, que dispongan el almuerzo, (*Entrando.*) porque traigo
un apetito feroz.

PER.—No esperará usted mucho. Casta ya hace tiempo que se fué a la com-
pra y volverá pronto.

VEN.—(*Sentándose y abanicándose con el sombrero.*) Hace un calorcito, que
ya ya. Salí de casa a las cinco de la mañana...

PER.—Le oí a usted levantarse.

VEN.—En la buñolería de la esquina me comí tres docenas de buñuelos con
una copita de aguardiente...

PER.—Muy bien.

VEN.—Luego me fuí al Retiro, di la vuelta grande, dos veces, y bebí seis va-
sos de agua en la fuente de la Salud.

PER.—Eso es muy saludable; encima de los buñuelos, sobre todo.

VEN.—A mí no me hace daño nada. Tengo un estómago especial.

PER.—(*Por eso sigue viviendo aquí.*)

VEN.—A las nueve entré en la vaquería y me tomé un vaso grande de leche
con una ensaimada, y luego...

PER.—¿Qué tomó usted?

VEN.—El paseo de los coches hasta el Ángel caído. A la sombra de los ár-
boles está hermoso aquello. Lo malo es que al volver se coge una solana espan-
tosa. Así vengo de sofocado. (*Bufando.*) Pero con un apetito... ya verá usted
cómo almuerzo, ya verá usted. Como un buitre. Yo soy así.

PER.—(*Y así está así.*)

VEN.—Ahora voy a mudarme de traje, porque como hoy no hay oficina, apro-
vecharé el día haciendo algunas visitas que tengo atrasadas. Conque avíseme
usted cuando esté el almuerzo, ¿eh?

PER.—Sí, señor, sí.

VEN.—¡Uf! ¡Qué calorazo! (*Entra en su cuarto.*)

PER.—¿Por dónde estará Tecla? ¡Pobrecita! Voy a hacerle unas cuantas re-
flexiones. (*Vase.*)

Don Quintín, que asoma por la puerta la cabeza. Se cerciora de que no hay nadie
y sale por el foro precipitadamente. Poco después se oye la voz de Casta.

CAS.—Vaya usted con Dios, don Quintín, vaya usted con Dios. Creí que me
atropellaba. ¿A dónde irá ese hombre tan de prisa y con el cuello subido con el
calor que hace? (*Deja sobre la mesa el talego, que trae lleno, y se quita la manti-
lla mientras habla.*)

DAV.—¡Doña Casta! (*Deteniéndose. Sale con sombrero hongo.*)

CAS.—¡Hola! ¿Qué hay?

DAV.—Demasiado sabe usted lo que hay. (*Muy triste.*)

CAS.—¡Ah, vamos! Pérez le ha dicho a usted...

DAV.—Todo, señora, todo.

CAS.—Pues excuso decirle a usted nada. Necesito libre esa habitación.

DAV.—Ahora mismo voy a buscar otra.

CAS.—Me parece bien; pero no corría tanta prisa. Basta con tenerla desocu-
pada para la noche. Puede usted almorzar antes de marcharse.

DAV.—¡Almorzar! ¿Usted cree que yo puedo almorzar? Señora, ¡tengo aquí
un nudo!

CAS.—Ya lo veo, el de la corbata.

DAV.—No, el de dentro es mucho más apretado.

CAS.—Pues, aflójelo usted.

DAV.—Imposible.

CAS.—Pues déjeme usted en paz, vaya con Dios y olvide a la muchacha.

DAV.—¡Eso no!

CAS.—Bueno, pues no la olvide usted.

DAV.—Aunque nos separe un abismo, seguiremos amándonos.

CAS.—¡Bah, bah! tonterías.

DAV.—Señora, usted no tiene corazón.

CAS.—Lo que no tengo es gana de hablar. Ya he dicho bastante.

DAV.—Ha dicho usted demasiado. Adiós, doña Casta; adiós para siempre.

CAS.—Hombre, ¿no va usted a volver por la ropa?

DAV.—No, me falta valor para ver otra vez a Tecla. Tome usted la llave, métalo todo en el baúl, y ya enviaré un mozo para recogerlo. ¡Adiós, Tecla mía!

¡Adiós, adiós!... (*Vase corriendo.*)

Doña Casta, luego Pérez.

CAS.—No le ha hecho poco efecto mi resolución. Casi he estado a punto de entermecerme. ¡Bah! antes de dos meses ni él se acuerda ya de ella ni ella de él. Sin embargo... ella... Nosotras somos más sensibles. Aunque yo diga a Pérez otra cosa, aun recuerdo mi teniente de Farnesio con las charreteras y el chascás...

PER.—(*Que ha entrado despacio y llega hasta ella.*) ¿Se fué ya el músico?

CAS.—Sí, ya se fué. (*Muy brusca.*) Pon la mesa, que voy a preparar el almuerzo.

Dichos, don Ventura en mangas de camisa.

VEN.—¡Pérez!

PER.—¿Qué hay, don Ventura?

VEN.—¿Ha cogido usted de mi cuarto la levita que estaba colgada en la percha?

PER.—Yo no.

CAS.—Ni yo tampoco.

VEN.—Pues no está. He revuelto todos los trastos de la habitación, y no parece.

CAS.—Búsquela usted bien.

VEN.—Es inútil; tengo la seguridad de que no está.

CAS.—¿Y quién puede habérsela llevado?

VEN.—¡Eso digo yo!

PER.—¡Calle! ¿Don Quintín ha salido de casa?

CAS.—Sí, cuando yo entraba salía él.

PER.—¡Qué sospecha!

CAS.—¿Qué?

PER.—Le vi salir esta mañana muy temprano de su cuarto de usted, y me parece que se recataba al encontrarme.

VEN.—¡Pero, hombre, ha de haberse atrevido!...

PER.—Como hoy estaba citado con el ministro de Ultramar, y no tiene ropa negra...

CAS.—De seguro ha sido él quien se la ha llevado. Por eso iba con el cuello del sobretodo muy subido.

VEN.—Pues, francamente, no me hace gracia que se tome esas libertades. (*Sin mucho enojo.*)

PER.—Claro que no está bien.

CAS.—Ni medio bien. (*Incomodadísima.*)

VEN.—Y sobre todo...

CAS.—¡Ah! ¿el sobretodo también era de usted?

VEN.—No; digo, que, sobre todo, podía habérmelo pedido, si le hacía falta, que no se lo hubiera negado.

CAS.—Sí, sí; pedir él, que tiene más orgullo que don Rodrigo en la horca.

VEN.—Pues, lo siento mucho, porque pensaba hacer unas visitas y ya no puedo... Me ha fastidiado el hombre.

CAS.—Cuando venga, yo le diré lo que merece. Ya sabe usted que no me muerdo la lengua...

VEN.—Y hace usted bien, porque se haría daño.

CAS.—Encima de deberme dos meses de pupilaje atreverse a...

VEN.—No hay que tomarlo tan a pechos...

CAS.—Envidio el carácter de usted. (*Campanillazo.*)

VEN.—¿Y qué consigo con incomodarme? Se quedarán las visitas para otro día. (*Entra en su cuart^o.*)

PER.—¡Allá voy! (*Otro campanillazo.*)

CAS.—¡No traen poca prisa! ¡Qué barbaridad! (*Otro campanillazo.*)

Dichos y luego Pérez y David, que trae en la mano la lista de la lotería; luego don Ventura. Luego Tecla.

DAV.—¡Tecla! ¡Doña Casta! ¡Pérez!

CAS.—¿Qué hay?

TEC.—¿Qué es eso?

VEN.—¿Qué pasa?

DAV.—(*Que entra jadeante y se deja caer sobre una silla.*) ¡Ay! Agua. ¡Que me ahogo! ¡Agua!

CAS.—¿Qué sucede?

PER.—¿Pero qué es esto?

TEC.—¡Bebe! ¡Bebe! (*Dándole un vaso de agua.*)

DAV.—¡El gordo! ¡El gordo! ¡Véanlo ustedes ahí! ¡El cuatro mil "pelao"! (*Presentando la lista.*) ¡El mío!

TEC.—¡Cómo!

CAS.—¡Qué dice usted!

PER.—¡A ver! Sí; en Madrid, primer premio el cuatro mil. (*Leyendo la lista.*)

CAS.—Bien, ¿pero qué?

DAV.—¡Ese, ese! ¡Lo compré anoche! ¡Me ha tocado!

TEC.—¿Es posible?

CAS.—¿Cuánto?

DAV.—Diez mil duros.

CAS.—¡María santísima! Beba usted, hombre, beba usted. (*Cogiendo el vaso que tiene Tecla.*)

PER.—¿Pero está usted seguro?

VEN.—No sea una equivocación...

DAV.—Estoy segurísimo. Ahí dentro tengo el décimo.

PER.—A buscarlo.

CAS.—A verlo.

PER.—¿Dónde está?

DAV.—¡Yo no tengo fuerzas! Ahí: en el chaleco blanco.

CAS.—Entra y sácalo, anda.

PER.—(*Echa a correr y se detiene de pronto.*) ¡Ah!

TODOS.—(*Alterad^{os}.*) ¿Qué

PER.—¡En el chaleco blanco!

DAV.—¡Sí! Estoy seguro. (*Levantándose.*)

PER.—En el que estaba sobre una silla. (*Deteniéndole.*)

DAV.—¡Sí! En uno que tiene una mancha de tinta... por eso no me lo puse.

PER.—¡Lo eché a la ropa sucia y se lo llevó la lavandera! (*Caer sin fuerzas sobre una silla.*)

TODOS.—¡Ah!

DAV.—¡Dios mío! (*Entra en su cuarto y sale al momento.*)

TEC.—¡Bebe, papá, bebe!

CAS.—(*Amenazando a Pérez.*) ¡Este hombre merece que lo maten! Diez mil duros.

DAV.—¡No está, no está! (*Saliend^o.*)

PER.—¡Qué ha de estar, si lo cogí yo mismo! ¡Como vi que estaba manchado!...

DAV.—¡Me ha asesinado usted!

CAS.—Corramos en busca de la lavandera; quizá sea tiempo todavía.

TEC.—Sí, corramos...

PER.—¿Tú sabes dónde lava?

CAS.—Yo no.

DAV.—En su casa nos lo dirán.

PER.—¿Dónde vive?

CAS.—¡Calvario!, 26, duplicado.

DAV.—¡Vamos al Calvario!

PER.—Sin perder tiempo.

CAS.—Sí, todos, vamos todos.

VEN.—Pero... (*Le rodean todos con mucho interés.*)

TODOS.—¿Qué?

VEN.—¿No almorzaremos antes?

CAS.—Déjenos usted de almorzar, hombre.

TEC.—Vamos a buscar a Rosa.

DAV.—Vamos a buscar el décimo.

VEN.—Vaya, pues vamos. (*Mientras cantan van de un lado a otro buscando las mantillas y los sombreros, que se ponen precipitadamente.*)

MÚSICA

DAV. Vamos presto, vamos pronto,
es preciso averiguar
si han echado a la colada
toda mi felicidad.

—
TEC., CAS., PER. y VEN.

Indaguemos, preguntemos,
ya no hay tiempo que perder;
el chaleco de este joven
que parezca es menester.

DAV. Décimo mío,
corro a salvarte!
en ti mi suerte
cifrada está;
corro en tu busca,
si logro hallarte
el premio gordo
mío será.

TODOS. Vamos presto, vamos pronto,
es preciso averiguar, etc. (*Vanse rápidamente.*)

INTERMEDIO

Telón corto que representa el interior de un portal.—La escalera principal al foro. A la izquierda la portería, con cierre de cristales.—La entrada de la calle a la derecha.

Doña Casta, Tecla, David, Pérez y don Ventura, luego el Portero.

HABLADO

PER.—Veintiséis duplicado: aquí es. (*Dentro.*)

CAS.—Entremos.

DAV.—¡Portera!

CAS.—¡Portera!

TEC.—¡Portera!

VEN.—¡Portera!

DAV.—¡Portera!

PORT.—(*Saliendo.*) ¿Pero, qué es esto? ¿Qué quieren ustedes?

DAV.—¿Vive en esta casa una lavandera que se llama Rosa?

PORT.—¡Qué barbaridad! ¿Y pa preguntar eso arman ustedes tanto escándalo? (*Saca tabaco picado y papel y empieza a liar un cigarrillo con mucha calma.*)

CAS.—Conteste usted pronto, hombre.

PER.—Que se trata de un asunto muy grave.

DAV.—¿Vive aquí o no? (*Muy fuerte.*)

PORT.—Sí, señor, aquí vive; y pa eso no hay que darme voces, que no soy sordo.

CAS.—¿En qué piso?

PORT.—Calma, señora, calma.

TEC.—¡Hombre, por Dios!

PORT.—Escalera del patio, piso tercero, galería de la izquierda, cuarto número cuatro.

DAV.—¿Hace usted el favor de venir con nosotros, porque no vamos a recordar?...

PORT.—Excusan molestarse, no está en casa.

CAS.—Lo suponíamos, pero habrá alguien a quién preguntar...

PORT.—No hay naide, porque su esposo, que es albañil, se fué a la obra y ella está en el río. Como que es día de lavar...

DAV.—¿Y a qué lavadero va? ¿Usted lo sabe?

PORT.—Como saberlo... sí que lo sé.

CAS.—Pues dígalo usted, vamos.

DAV.—Tome usted dos pesetas, y dígalo pronto.

PORT.—Muchas gracias. Pues... (*Le escuchan con gran interés todos.*) ¿Serán buenas? (*Haciéndolas sonar en el suelo.*)

DAV.—Sí, hombre, sí.

PORT.—Pues diré a ustés... ella antes lavaba en el lavadero Imperial, allá, saliendo de la puerta de Toledo, hacia la derecha, tirando al río...

CAS.—Bien, pero ahora...

TEC.—Sí, ¿ahora, dónde?

PORT.—Pues tuvo allí una cuestión con una ayudanta, y dijo... dice: yo no sigo lavando aquí.

PER.—¿Y a dónde se fué?

CAS.—(¡Este hombre me quema la sangre!)

PORT.—Pues verán ustés. Estuvo dudando si la convenía dirse a otro lavadero cubierto o lavar en el Manzanares... y en estas dudas... (*Acaba de liar el cigarrillo y se lo pone en la boca.*)

TODOS.—¿Qué?...

PORT.—¿Me dan ustés un fosforito?

LOS 2 RES.—Sí hombre, sí. (*Encienden u un tiempo y muy de prisa, cada uno un fosforo, don Ventura, Pérez y David, y se lo presentan al portero.*) Tome usted.

PORT.—No quisiera despreciar a ninguno de ustés (*Riéndose y sin coger ningún fosforo.*)

DAV.—¿Por las once mil vírgenes, encienda usted pronto!

CAS.—Y ¡¡¡iganos dónde demonios lava esa mujer.

PORT.—A eso voy. (*Después de encender.*)

TEC.—Nos interesa mucho saberlo con urgencia.

PORT.—Ya se conoce, ya. (*Pausa.*) Pus, miren ustés; ella lava en el río; pero a punto fijo, yo no puedo asegurarles dónde.

PER.—¡Ahora salimos con eso!

DAV.—Hombre... me dan ganas de...

PORT.—¡Toma! Pus ya les digo a ustés dónde lava; ¡yo que sé si se pone en un sitio u en otro!

DAV.—¡No es posible que esperemos más! (*Rapidísimo hasta el final.*)

CAS.—Para ganar tiempo, tomemos dos coches.

DAV.—Sí: ustedes van en uno, y Tecla y yo en el otro.

CAS.—¿Qué dice usted, hombre?

DAV.—¡No sé lo que me digo; estoy trastornado!

PER.—¡A escape al Manzanares!

VEN.—¡Al río, sin perder momento!

TEC.—A recorrerlo todo.

DAV.—¡Desde el nacimiento hasta la desembocadura! (*Vanse rapidísimamente uno tras otro.*)

PORT.—(Gritando.) ¡Vayan ustedes con Dios! Pues no van poco apresurados. Estas dos pesetas deben de ser falsas. Voy a ver si me las pasan en la taberna. (Vase.)

CUADRO SEGUNDO

Orillas del Manzanares.—A la derecha la casa lavadero, con puerta y ventanas.—A la izquierda merendero con rótulo, que dice: Merendero del tío Pepe, callos y caracoles.—Una valla de tablas muy espesa de un metro de altura, oculta el río.—Al fondo el tendedero con bastante ropa, y en último término los baños.—A la derecha puente de madera pintada de verde.—A la entrada una gran muestra con este letrero: Paso a los baños del Sol; encima un sol pintado de amarillo.—Dos bancos de madera tosca en escena.—La valla del fondo tiene una entrada de medio metro, por la que se ven dos bancas, una en la orilla de acá, y otra en la de allá del río, que se supone en lo hondo.—En la banca más próxima, de espaldas al público, lava Rosa.—Las demás lavanderas se suponen detrás de la valla, y hablan y cantan sin que el público las vea.

Coro de lavanderas. Dentro.

MÚSICA

Al bajar a las bancas
del Manzanares,
sin querer olvidamos
nuestros pesares.
“Paece” que el agua
nuestras penitas
lleva corriendo
cuando se va;
y nos deja la alegría
“pa” pasar la “vía”,
que es bien “arrastrá”. (Sigue música en la Orquesta.)

HABLADO

ROSA.—¡Señá Petra! ¡Coja usted esa concha de jabón, que se la lleva el agua!

LAV. 1.ª—¡Ay! Miá un caballero con chistera y tóo. (Atraviesa por el puente, yendo hacia los baños, don Quintín.)

LAV. 2.ª—Es verdad; un señor de etiqueta.

ROSA.—Caballero, ¿quién usted que le lave algo?

MUN. 1.º—Orden, señoras, orden y no digan incomenencias a los señores que pasan por el puente.

LAV. 1.ª—¡Ay, la autoría del monicipio!

TODAS.—(Gritando.) ¡Que se vaya! ¡Que se vaya! ¡Que se vaya! (Como en los toros cuando piden otro.)

Dos guardias municipales entran en escena por la abertura de la valla.

MUN. 1.º—Está visto, compañero; pa bajar al río las parejas debían componerse lo menos de veinticinco endividuos cada una.

MUN. 2.º—¿Y qué vas a hacer con mujeres?

MUN. 1.º—¡Claro! ¡Qué va uno a hacer con ellas? Lo que hace, y na más que lo que hace. (Vanse por la derecha.)

MÚSICA

LAVS.—(Dentro.)

“Pa” sortijas y gracia
las carniceras,
y “pa guasas” y “coba”
las lavanderas.
“To” el santo día
dale que dale.
a la muñeca
y al paletín;
pero en viendo una chistera
se arma entre nosotras
la de San Quintín.

HABLADO

(Pasa la peinadora con un cesto al brazo.)

PEIN.—¡Peinadora! ¿Quién "quí" peinarse por quince céntimos con bandida?

LAV. 3.^a—¡Peinadora! Venga usted acá, que esta noche tengo reunión en mi casa.

PEIN.—Allá voy. (Entra por la valla.)

LAV. 1.^a—¡Compañeras! miray lo que acabo de lavar.

LAV. 2.^a—Olé, por las buenas prendas. (Griterío.) ¡Valientes calzoncillos!

LAV. 3.^a—Esos merecen que se los pasee.

LAV. 1.^a—Sí, sí, al palo.

TODAS.—¡Al palo! ¡Al palo! (Gran vocerío dentro.)

El bollero y las lavanderas entran en escena marchando marcialmente, armadas de sus palos y con los brazos arremangados. Una lleva una pértiga alta, con un gancho en el extremo superior y colgados de él por una cinta corta unos calzoncillos blancos, recién lavados pero muy rotos. Deben tener dos remiendos en las perneras por la parte exterior, de tela algo oscura para que se distingan, y otro remiendo en el trasero, con perdón de ustedes.—Al aparecer en escena, los calzoncillos van recogidos contra la pértiga, para lo cual deberán las dos lavanderas que lleven las cintas, como las de los estandartes en las procesiones, colocar juntas las manos hasta que se desplieguen los calzoncillos cuando se marca en la pieza musical.

MUSICA

BOLL.—(Que aparece en el puente y se detiene allí con el pregón.)

¡Bollero! ¡Bollero!
¡Venid, lavanderas,
dejad el jabón,
que tengo unos bollos
que son de pistón:
la fina rosquilla
y el buen mantecao,
y el bollo de aceite
y el empiñonao!

LAVS.

Las lavanderas, olé, (Saliendo.)
ya están aquí:
con ellas viene la sal
que hay en Madrí.

Aquí llevamos
al tendadero,
los calzoncillos
de un caballero.

BOLL.

¡Bollero! ¡Bollero!

Dichos, los Cornetas con el Cabo al frente, por la derecha.

LAVS.

¡Vivan los cornetas!

CORS.

¡Viva la verdá!
¡Vivan las que al río
bajan a lavar!

CABO:

Adiós, Manuela.

UNA.

Adiós, Manuel.

UN COR.

Adiós, Francisca.

OTRA.

Adiós, Miguel.

CABO.

En cuanto que tocamos
a descansar,
ya veis que sus venimos
a visitar.

LAVS.

¡Viva el salero
del melitar;
qué gracia tiene

- para tocar!
 CORS. ¿Qué traéis en ese palo,
 a manera de pendón?
 LAVS. Una cosa que merece
 que fijéis vuestra atención.
 Aunque parece un estandarte
 es tan sólo un pantalón;
 pero es cosa de mirarlo
 con muchísima atención.
- (Desplegando de pronto los calzoncillos, para lo cual basta que se separen de la pértiga las dos lavanderas que los llevan cogidos por las cintas.)*
 LAVS. Esto son los calzones
 de un señorito.
- CORS. ¡Ay, qué frío habrá pasado
 este invierno el pobrecito.
- LAVS. Tiene ventiladores
(Dando la vuelta a los calzoncillos para que quede a la vista del público la parte posterior.)
 CORS. ¡Marecita de mi alma
 cómo está la sociedad!
 LAVS. Cuando los jueves
 va una a entregar
 toda la ropa
 ya bien lavá.
 ¡cuánta tontería,
 cuánta atrocidad
 de las parroquianas
 tiene que aguantar!
 Dice una vieja:
 “A este almohadón
 le han dado ustedes
 poco jabón.”
 Y yo algunas veces
 les he contestao:
 a usted sí que le hace
 falta un jabonao.
 ¡Qué cursilería,
 cuánto paripé,
 qué ponerse moños
 sin tener por qué!
- LAVS. y CORS. Esto son los calzones
 etcétera, *(Repitiendo el juego de la primera vez.)*
 cómo está la sociedad.
- LAVS. En el río sale
 toda la verdad.
- TODOS. “Pa” las lavanderas
 no hay oculto “ná”.
- CABO. Vámonos, muchachos,
 vamos al cuartel.
- CORS. Vamos cuando guste
 nuestro coronel. *(Cuadrándose burlescamente.)*
- CABO. Antes de irme *(A las lavanderas.)*
 vais a escuchar
 el pasodoble que al ir a misa
 mi batallón tocando va.
 Y ya veréis
 cómo se alegra al escucharlo
 vuestro corazón.

CORO.

CABO.

(Imitando con fuerza el redoble del tambor.) Ay, qué gusto da,

qué bonito es
ver formar, ver salir
a la tropa del cuartel.

Cuando al son
del rataplán
el soldao
marchando va,
de placer
y de ilusión
lleno va
su corazón

Y al marchar por esas calles
con marcialidad,
la mitad de las criadas
dejan de fregar.

Echan a correr,
salen al balcón
para ver pasar
nuestro batallón.

Cuando al son, etc.

TODOS.

CABO.

LAVS.

Batallón, firmes, derecha, ¡march! (Vanse.)

Vamos a las bancas,
que hay que trabajar
y tenemos mucha
ropa que lavar.

BOLL.

TODOS.—(Apareciendo de pronto p^{or} donde han salido.)

¡Tararí! ¡Tararí!

¡Rataplán! ¡Rataplán! (Vanse rapidísimamente.)

El tío Pepe; Rosa, lavando en la banca.

PEPE.—¡Anda, demonio! Paece mentira que tengan gana de divertirse, trabajando tóo el día como negras. (Rosa, que ha dejado de lavar y coge d^{os} grandes talegos, se acerca al señor Pepe.) ¿Qué es eso? ¿No vas tú también con las del rataplán?

ROSA.—Déjeme usted a mí de belenes. No estoy yo pa esos jaleos. A mi lavao y se acabó. ¿Están encendidas las calderas?

PEPE.—Ya dejo hirviendo el agua.

ROSA.—Pues voy a meter tóo esto.

PEPE.—Anda con Dios. (Rosa entra en el lavadero y en el merendero Pepe.)

Doña Casta, Tecla, David, Pérez y don Ventura p^{or} la izquierda.

CAS.—¡Ay! No puedo más. (Sentándose.)

TEC.—¡Yo estoy rendida de calor! (Idem.)

VEN.—¡Yo estoy muerto de hambre! (Idem.)

PER.—Yo no sé cómo estoy. (Idem.)

CAS.—Descansemos aquí un rato, mientras usted sigue buscando por ahí.

DAV.—Sí, yo no puedo descansar ni perder un momento.

CAS.—¿Dónde demonios lavará esa mujer?

VEN.—¡Caracoles! (Mirando el rótulo del merendero.)

TODOS.—¿Qué? (Levantándose.)

VEN.—Que hay caracoles y callos. Yo aquí me meto a tomar un bocadillo.

¿Ustedes gustan?

CAS.—¡Para comer estamos nosotros!

VEN.—Pues yo sí.

PER.—Y yo también, pero... (Mirando a doña Casta.)

VEN.—(¡A mí qué me importa, al fin y al cabo, que parezca o no el tal billete! Tomaré unos caracolutos.) A ver. ¡Mozo! (*Entra en el merendero.*)

Dichos men^{os} don Ventura. Luego el tío Pepe.

DAV.—Voy a recorrer lo poco que falta del río... Espérenme ustedes aquí.

CAS.—Pregunte usted antes ahí dentro, por si acaso.

DAV.—Es verdad. (*Al dirigirse al merendero, sale el tío Pepe con unas botellas.*) Diga usted, ¿lava por aquí una que se llama Rosa, que vive en la calle del Calvario?

PEPE.—Sí, señor.

TODOS.—¡Ah! (*Poniéndose en pie.*)

PEPE.—Allí sale. (*Se dirigen hacia Rosa. El tío Pepe entra en el merendero.*)

Dichos y Rosa, que sale de la casa.

CAS.—¡Rosa!

DAV.—¡Ella!

PER.—¡Por fin! (*Rodeándola con impaciencia.*)

ROSA.—¿Qué es esto? ¿Ustés por acá?

DAV.—Rosa, Rosa... ¡Ay, no me atrevo a preguntarle!

ROSA.—¿Sucede alguna desgracia?

DAV.—Todavía no lo sabemos. (*Con gran agitación hasta el final de la escena.*)

CAS.—Vamos a ver. ¿Ha lavado usted la ropa que se llevó de casa?

ROSA.—¡Pus, claro!

TODOS.—¡Ay!...

ROSA.—¡Figúrese usted, a estas horas! ¡Ya está en la legía!

CAS.—¿Toda?

ROSA.—Toda.

TODOS.—¡Ah!... (*Cón desaliento.*)

DAV.—Habrà usted lavado un chaleco blanco, ¿verdad?

ROSA.—He lavao cuatro, y bien restregaos que van.

DAV.—¡Adiós mi fortuna! (*Cayendo sobre el banco.*)

TEC.—¡Adiós mis esperanzas! (*Idem.*)

PER.—¡Adiós mi dinero!

CAS.—¿Y no sería posible sacar ese chaleco de la legía?

ROSA.—¡Quiá! Si la colá tiene que estar cociendo hasta mañana, y tóo está junto.

DAV.—¡Mis diez mil duros, cocidos!

ROSA.—Pero, ¿quién ustés decirme?...

PER.—¿No pedías para la ropa mucha colada? Anda, toma colada, toma colada. (*A doña Casta.*)

DAV.—¡Mañana estará el décimo hecho papilla!

ROSA.—(*A Tecla.*) Señorita, explíqueme usted... (*Hablan en voz baja.*)

DAV.—¡Ay, doña Casta, doña Casta, qué desgraciado soy!

CAS.—Mucho, mucho; por eso no piense usted en casarse con mi hija.

DAV.—Ese sería mi único consuelo. Daba por bien perdidos los diez mil duros, con tal de ser su esposo.

PER.—¡Oh, generoso joven! ¡Lo que puede el amor... o La pata de cabra!

ROSA.—(*A David.*) ¡Válgame Dios! ¡Cómo había yo de figurarme lo que tenía el chaleco! Usté me perdonará; pero como yo no registro los bolsillos...

DAV.—Déjeme usted en paz, mujer, déjeme usted en paz.

CAS.—Ea, esto se acabó. Pérez, todo el mundo a casa; y basta de llanto, niña, que vas a llamar la atención. ¡Calle! ¿don Quintín? Viene sin duda del baño. ¡Don Quintín!

Dichos y don Quintín, que viene por el puente, luego don Ventura.

QUIN.—¡Doña Casta! ¡Ustedes aquí!

CAS.—¿No sabe usted lo que ha pasado?

QUIN.—Lo que ha pasado es lo que no puede pasar. Volví a casa con objeto de ponerme otro traje más propio para el baño, y como no encontré allí a nadie, tuve que venir así y me han zumbado las lavanderas al verme con sombrero de copa y levita.

VEN.—(Que ha salido del mereñero, con la boca llena, y ha oído las últimas palabras.) A propósito de levita, señor don Quintín...

QUIN.—¡Ah!... Usted también...

VEN.—(Con mucha amabilidad.) Sí, señor, yo, que me permito rogar a usted que en lo sucesivo me haga el obsequio de no usar mis prendas de vestir, sin pedirme permiso para ello.

QUIN.—¡Usted me ofende! Esas palabras...

VEN.—¡Hombre; me parece que más suaves!... (Pérez se interpone.)

QUIN.—Me dará usted una satisfacción.

VEN.—Bueno; pero deme usted antes mi levita, que sin duda, lleva usted puesta.

QUIN.—Puesta la llevo. ¡Felizmente, ya no necesito esta clase de favores! ¡Me han empleado en la Aduana de Puerto Rico y podré tener levitas mías, no como ésta, sin duda hecha en la calle de la Cruz! (Quitándose el gabán, y luego la levita.) ¡Vaya unas solapas! No tiene usted la culpa, sino yo, que he tenido la poca aprensión de ponérmela. (Le arroja la prenda, que recoge don Ventura.)

VEN.—(A Pérez.) Sí que ha sido poca aprensión.

QUIN.—Ahí tiene usted su levita, y buen provecho le haga. (Al volverse hacia David para ponerse el gabán, aquél repara en el chaleco blanco de don Quintín, que tiene una mancha pequeña de tinta sobre el bolsillo derecho.)

DAV.—¡Ah!... ¡Esa mancha de tinta!... ¡Mi chaleco!... (Arrojándose sobre don Quintín.)

TODOS.—¡Cómo!

DAV.—¡Es el mío! (Le rodean todos con ansiedad. David procura meter la mano en el bolsillo derecho.)

QUIN.—(Defendiéndose contra el ataque de todos.) Sí, hombre, sí; pero déjenme ustedes. Yo se le dará ahora... ¡Qué me hace usted cosquillas!

DAV.—¡Aquí está, aquí está el décimo! ¡Intacto! ¡Intacto! (Enseñándolo.)

QUIN.—¿Qué es esto?

TEC.—¡Qué alegría!

DAV.—(Sacando el billete.) ¡El cuatro mil pelao! Véanlo ustedes.

QUIN.—Pero, ¿qué es eso?

PER.—¡Diez mil duros!

DAV.—¡Don Quintín, venga un abrazo! (Abrazándole.)

CAS.—¡Le ha hecho usted rico! (Idem.)

VEN.—¡Le ha hecho usted feliz, llevándose el chaleco!

DAV.—Yo voy a morir de alegría.

CAS.—Hombre, no; no se muera usted hasta que se case con Tecla.

DAV.—Doña Casta, me hace usted dichoso. (Se dispone a abrazarla, y de pronto se vuelve a Tecla y abraza a ésta.) ¡Tecla!...

TEC.—¡David!...

DAV.—(Gritando.) ¡A ver, que vengan aquí todos! ¡Lavanderas... lavanderas!

ROSA.—Venir acá, venir acá. (Desde la valla.)

DAV.—Quiero convidar a todo el mundo.

LAVS. 1.ª y 2.ª—¿Qué es esto? ¿Qué pasa aquí?

ROSA.—Ese señorito nos convida. Le ha tocado el premio gordo.

DAV.—¡Al merendero! ¡Al merendero!

LAV. 1.ª—¡Viva el señorito!

TODAS.—¡Viva!

PER.—(A don Quintín.) Vamos, don Quintín.

QUIN.—Hombre, así, de sombrero de copa...

PER.—Ocupará usted la presidencia.

QUIN.—En ese caso, acepto.

LAV. 1.ª—¡Viva el gordo!

TODAS.—¡Viva!

VEN.—¡Gracias, hijas mías, gracias! FIN



Marca Registrada

FUERA CANAS sin teñirlas ni arrancarlás

Gran invento **BRILLANTINA INDIA** (Sin grasa)
Exíjase en la etiqueta La figura de la India (Marca Registrada.)
Producto antiséptico, compuesto de raíces aromáticas
Único que sin teñir, en pocos días devuelve a las canas su color primitivo. Usándolo no salen nunca. Fortifica la raíz del cabello evita su caída y le devuelve el jugo perdido, pues la cana no la motiva otra causa que la falta de dicho jugo, sin el cual se debilita la raíz, haciéndole perder color y fuerza.
Precio: 5 pesetas. De venta en todas las perfumerías y droguerías. Por mayor: J. BARREIRA, Muñoz Torrero, 8, MADRID

LA NOVELA TEATRAL

Sumario de obras publicadas en La novela TEATRAL

Galdós.-49. Electra.-53. Doña Perfecta.-58. La loca de la casa.-62. Realidad.-92. La de San Quintín. *Sor Simona.

Benavente.-9. Todos somos unos. -102. La copa encantada. -107. El marido de su viuda. -229. Más fuerte que el amor.-239. La princesa Rebé. -233. El dragón de fuego.-259. La ciudad alegre y confiada.-261. La gata de Angora.-263. La losa de los sueños.

Quintero.-68 Doña Clarines.-71. El Patio 75. La escondida senda.-88 El niño de trigo. **Pepita Reyes.-255. El Centenario.-257. La zagala.

Guimerá.-113. María Rosa.-114 Tierra Baja 193. Agua que corre.

Elnaros Rivas.-16. El Cardenal -99 La Cizaña.-101. Bodas de plata.-241. Cristobalón.-246. Toninadas.-250. Flor de los Pazos.

martínez Sierra.-29 Primavera en otoño **El ama de la casa.

Tamayo y Baus.-136 Un drama nuevo.-209. La bola de nieve.-186. Lances de honor.-149. La luz de amor.-177. Lo positivo.-214. Virginia.

Dicenta.-7. El lobo.-14 Sobrevivirse.-24. El señor Feudal. -38. El crimen de ayer.-60. Daniel.-69. Amor de artistas.-77. Aurora.-92. Luciano.-**Juan José.

Zorrilla.-188. El alcalde Ronquillo.-130. El zapatero y el Rey.-131. Sancho García.-148. El puñal del Godo.-171. La mejor razón la espalda.-234. El Zapatero y el Rey (I.ª parte.)

Villaespesa.-10. El Rey galaor.-23. Aben-Humeja. -37. Doña María de Padilla.-65. La leona de Castilla.-217. El Halconero.-**El Alcazar de las Perlas.-28. La Gioconda.

Marquina.-154. En Flandes se ha puesto el sol.-182. Doña María la Brava.-201. El Retablo de Agrellano.-222. Las hijas del Cid.-195. El Rey Trovador.

Ramos Carrión.-84. El noveno mandamiento. 86. La Tempestad.-85. La Bruja.-155. La muela del juicio.-104. El bigote rubio.-106. Los sobrinos del Capitán Grant.-179. Mi cara mitad.-123. Los señoritos.-213. La criatura.-90. La Marsellesa.-271. Agua, azucarillos y aguardiente.

Vital Aza.-32. Francfort.-33. La Rebotica. 36. Ciencias exactas.-39. La Praviána.-45. Parada y fonda.-50. Tiquis Miquis.-63. La sala de armas.-15. Las codornices.-137. El sueño dorado.-125. El matrimonio interino.-225. Llovido del cielo.-197. El señor cura.-131. El sombrero de copa.-219. Con la música a otra parte.-191. El afinador.-200. Percecito.

Ramos Carrión-Vital Aza.-147. El señor gobernador.-119. Zaragüeta. 183. Robo en desdoblado.-151. El padrón municipal.-110. El oso muerto.-132. La ocasión la pintan calva.-118. El rey que rabió.

Echegaraz (Miguel).-44. La viejecita.-59 Gigantes y cabezudos.-76. El duo de la Africana.-91. La Rabalera.-115. Los demonios en el cuerpo.-178. La Credencial.-163. Los Hugonotes.-120. Entre parientes.-111. El octavo, no mentir

Arniches.-2. La sobrina del cura.-11. La casa de Quirós.-19. Las estrellas.-20. Dolorettes.-21. La señorita de Trévezlez.-43. La gentuza.-67. La noche de Reyes.

Arniches - García Alvarez.-15. Alms de Dios.-17. El pobre Valviena.-70. El terrible Pérez.-78. El fresco de Goya.-83. El método Górritz.-87. El cuarteto Pons.-97. Mi papá.-124. El pollo Tejada.-128. El perro chico.-106. Geste menuda.-122. El príncipe Casto.

García Alvarez-Muñoz Seca.-8. El verdugo de Sevilla.-12. Fúcar XXI.-34. La frescura de Lafuente.-51. El último Bravo.-56. Los cuatro Robinsones.-64. Pastor y Borrego.-73. Trampa y cartón.-183. Faustina.

Paso-Abati.-13. El río de oro.-40. El gran tacaño.-116. La Divina Providencia.-206. Los perros de presa.

Perrin - Palacios.-74. La Corte de Faraón. 80. La manta zamorana.-84. Pedro Giménez.-89. La Generala.-93. Pepe Gallardo.-109. El Húsar de la Guardia.-142. Enseñanza libre.-218. Ceatamen Nacional.-194. Cuadros disolventes.-150. La tierra del Sol.-225. Las mujeres de don Juan.-148. País de las Hadás.-249. Cinematógrafo Nacional.

COMEDIAS

1. Trata de blancas.-3. El místico.-4. Los semidioses.-5. Las cacañas.-18. El hombre que asesinó.
26. La eterna víctima.-26. Jimmy Samson.-27. López de Coria.-31. El misterio del cuarto amarillo.-35. Primerose.-38. Raffles.-41. Mirandolina.-42. Genio y figura.-47. Petit-Café.-48. Los Nove

34. La Tizona.-55. Miquette y su mamá.-57. Los gemelos.-66. La cena de las burlas.-100. Franz ridders.-103. La Tosca.-108. La tía de Carlos.-112. Fedora.-117. El oscuro dominio.-121. Los gansos del Capitolio.-129. El director general.-133. ¡Tocino del cielo!-134. Militares y paisanos.-135. Muérete y verás!-139. Jarabe de pico.-140. Papá Lebonnard.-141. La barba de Carrillo.-143. El Revisor.-144. Blasco Jimeno.-145. El crimen de la calle de Leganitos.-146. Lo que ha de ser.-152. Don Francisco de Quededo.-153. La Ciclón.-156. El amor veía.-160. La señorita del almacén.-164. El Ladrón.-168. La pesca del millón.-167. El señor Duque.-169. El Gobernador de Jerezeta.-173. Jettatore.-180. Situaciones cómicas en el teatro español.-181. El tenor.-185. El primer rorro.-187. Los amigos del alma.-189. La casa de los milagros.-190. El duelo.-192. Los amantes de Teruel.-198. La Canastilla.-199. Marcela, o ¿A cuál de los tres?-203. La historia del Don Juan Tenorio.-207. Un negocio de oro.-208. También la corregidora es guapa.-210. Mister Beverley.-212. La dama de las camelias.-215. Hamlet.-216. La caracterización y las morcillas.
 220. Los piropos.-221. El Gavilán.-224. Esclavitud.-22. Las vírgenes locas.-227. El soldado de San Marcial.-226. Judith.-230. El plio de la dehesa.-231. El Corral de la Pacheca.-232. Envejecer.-237. El puesto de antiquités de Baldomero Pagés.-238. Don Gil de las Calzas verdes.-240. El arte de declamar.-242. Zazá.-243. La casa de la iroya.-244. Juventud de príncipe.-245. El mayor monstruo, los cielos.-247. Magda.-248. La moza de cántaro.-251. A secreto agravio, secreta venganza.-254. Un drama de Calderón.-260. Martingalas.-264. Mi salvador.-268. La fórmula 3 K3.-269. La Tierra.-270. La plancha de la Marquesa.-272. La República de la broma.-273. La verdad de la mentira.-275. Los pergaminos.-276. . . a razón de la locura.

ZARZUELAS

1. Charito la Samaritana.-22. Serafina la Rubiales.-46. La alegría de la huerta.-52. La marcha de Cádiz.-61. El chico del cafetín.-68. Los cadetes de la reina.-72. La Tempranica.-79. El niño judío.-84. El padrino de «El Nene».-85. La balsa de aceite.-96. El señor Joaquín.-127. Tonadillas españolas.-158. Cantables célebres de zarzuelas.-159. Ninón.-161. Los pendientes de la Trifulda.-162. Pancho Virondo.-165. La boda de Cayetana.-168. Las Corsarias.-170. La Chicharra.-172. El niño del principal.-174. La Madrina.-175. Chistes célebres de comedias.-178. La suerte de Salustiano.-184. La tragedia de Laviña.-202. La canción del olvido.-205. El As.-204. La suerte perra.
 211. Tonadillas españolas (2.ª parte).-236. El Príncipe Carnaval.-235. Don Lucas del Cigarral.
 262. Trianeras.-253. La hora del reparto.-256. El parque de Sevilla.-2-8. La novelera.-262. Matías López.-265. Tonadillas y tonadilleras españolas (3.ª parte.)-266. Tonadillas y tonadilleras españolas (4.ª parte.)-267. Pepe Conde o El mentir de las estrellas.-274. Tonadillas y Tonadilleras españolas (5.ª parte.)

Número atrasado: 10 céntimos sobre el precio que marca el ejemplar.

(**) Las obras señaladas con dos asteriscos han sido publicadas en LA NOVELA CORTA

NEUTRÁCIDO

ESPAÑOL

Asociencia incesantemente sus éxitos porque **VENCE** íntegra y permanentemente todas las enfermedades del

ESTOMAGO, HIGADO E INTESTINOS porque no contiene **BISMUTOS, BICARBONATOS NI CALMANTES**; porque restablece la fácil digestión de todo alimento; porque no son obstáculos a sus portentosos efectos curativos ni la cronicidad ni lo intenso del mal; porque es totalmente inofensivo y no tiene sabor; porque **NO ES IMITACION DE OTROS PRODUCTOS NI PUEDE SER IMITADO.**

Frasco 6 pts; frasco doble (1 1/2 litro) 10 pts



CONCESIONARIO EXCLUSIVO **JOSÉ MARÍN GALÁN** SEVILLA